



**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen C Nº 208-B
Julio-diciembre 2022
Quito-Ecuador**



BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

**Volumen C
N° 208-B**

**Julio-diciembre 2022
Quito-Ecuador**

LAS PROCESIONES QUITAÑAS Y SUS CÓDIGOS OCULTOS

-DISCURSO DE INCORPORACIÓN-

Rina Artieda Velastegui¹

*“El cuerpo aparece en el espejo de lo social
como objeto concreto de investidura colectiva,
como soporte de las escenificaciones y de las semiotizaciones,
como motivo de distanciamiento o de distinción
a través de las prácticas y los discursos que provoca.”²*

Contexto

Discusión que lleva muchos años y que ha generado corrientes divergentes de pensamiento histórico, para el caso que nos ocupa: el análisis de las procesiones quiteñas como un evento de la normalidad citadina, se toma postura por la escuela de Heródoto y su imperiosa necesidad de permear ante la palabra de la gente, sus testimonios, memorias, vivencias, imaginarios y apropiaciones. Y lo hacemos porque la postulación contraria, aquella defendida por el aprendiz que superó al maestro, hay que reconocerlo, pero no en conciencia social, no - se recicla en la impronta de las estrategias que afianzan el poder; aquel fue Tusídates, para beneplácito de la hegemonía.

Ante esta realidad y de cara al objeto de estudio, le apostamos al análisis de la historia desde la base del conocimiento social que la

¹ Magíster en Comunicación (aplicada a la historia y la cultura), por la Universidad Andina Simón Bolívar, 2015; Licenciada en Comunicación General e Institucional, por la Universidad Central del Ecuador, 2001; Gerente de Operadora Turística, por el Instituto Tecnológico Superior de Turismo y Patrimonio Yavirac, 2017; Diplomada en Edición Editorial, por el Instituto Internacional de Periodismo José Martí, Cuba, 2009; Curso Superior de Comunicación y Relaciones Internacionales, FLACSO-CIESPAL, Quito, 2004-2005.

² David Le Breton, *La sociología del cuerpo*, ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2002, p. 81.

condiciona. Pero... cómo podría determinar a esa historia local un evento que, hoy por hoy, para muchos ha llegado a ser visto incluso como un atractivo turístico, soslayando de él toda la fuerza de la carga social y simbólica que le reviste.

Nos enfrentamos a las tradiciones que ofrecen una mirada epidérmica sobre las procesiones religiosas, una institución que habiendo nacido allá, en la Roma imperial, en el año 300 de nuestra era, aún permanece vigente: en otra realidad, en distinta época, con disímiles actores y que, no obstante, lo arcaico, transgresor y arbitrario de sus manifestaciones, como es el caso de la procesión de Jesús del Gran Poder, cada año se renueva y fortalece como un mecanismo efectivo que afianza al poder.

Cultura: “Se trata de un término que tiene muchos significados e implicaciones. En historiología, este concepto se usa para identificar las diferentes manifestaciones humanas que han surgido a lo largo del tiempo. Dentro de estos parámetros, la cultura le permite a la historiología conocer las características políticas, religiosas y sociales de las comunidades del pasado”.³

Fuentes históricas: “Las fuentes históricas son todos aquellos documentos que le permiten a las disciplinas históricas establecer sus teorías. Se tratan de todos los testimonios, textos y objetos que puedan analizarse con el objetivo de conocer los procesos históricos. Debido a esto, la historiología requiere de las fuentes históricas para desarrollarse como rama del conocimiento.”⁴

La Historiología: “La filosofía se refiere al conjunto de reflexiones que permiten conocer e interpretar las causas y los efectos de los acontecimientos. Por ello, la historiología emplea una serie de razonamientos filosóficos para desempeñarse como disciplina.”⁵

Pasado: Este término se usa en la historiología para referirse a todos aquellos sucesos que ocurrieron en un período anterior al tiempo pre-

3 Gabriela González, ¿Qué es la teoría de la historia o historiología?, Liferder, 19 de febrero de 2020. Ver en: <https://www.liferder.com/teoria-historia-historiologia/> (09-12-2022).

4 Gabriela González, op. cit.

5 *Ibíd.*

sente. Dicho concepto no solo se utiliza en las ciencias históricas; también se emplea por otras disciplinas tales como el psicoanálisis, la geología y la cosmología.⁶

Método científico: Se trata de una metodología que permite obtener nuevos conocimientos mediante la observación sistemática, la experimentación y la formulación de hipótesis. Esta metodología es empleada frecuentemente por la historiología.⁷

Tiempo: El tiempo es un concepto de magnitudes físicas que permite medir o separar la duración de los acontecimientos. Debido a esto, se afirma que el tiempo es una herramienta que ordena los sucesos a partir de secuencias; para ello, establece un pasado, un presente y un futuro. Las nociones temporales son imprescindibles cuando se desea estudiar la historia humana.⁸

Categorías de análisis:

Historia: Ante la certeza de que no existe una historia definitiva y de que “no se puede encontrar toda la verdad en los archivos”, pensadores como Rudolf von Thadden y Zvi Yvetz⁹ sostienen que la historia puede configurarse con versiones distintas sobre un mismo hecho “sin que por ello esa historia pierda su fondo de veracidad”. En esa percepción que es capacidad innata del ser humano están particularmente la tradición y la cultura, así como la memoria individual y colectiva. Thadden se refiere a la memoria histórica como:

algo que no puede ser solo el resultado de una investigación científica, sino que es también, por sobre todo, el fruto de un debate continuo al interior de una sociedad que busca su lugar en la comunidad universal. La memoria histórica es modelada por la experiencia vivida de las distintas generaciones, así como por la idea que estas se forman de la marcha de la historia.¹⁰

6 *Ibíd.*

7 *Ibíd.*

8 *Ibíd.*

9 Ponentes del Foro Internacional Memoria e Historia, realizado por la UNESCO en 1998.

10 Rudolf von Thadden, “Una historia, dos memorias”, *¿Por qué recordar?*, Academia Universal de las culturas, Foro internacional Memoria e Historia, Ediciones Granica S.A., 2002, p. 38.

Memoria: Al referirse a la memoria Paúl Ricoeur establece la existencia de una “*paradoja primigenia*” su referencia al pasado por medio de huellas que aunque no materiales, siempre están presentes a través del recuerdo que “*implica la presencia de algo que está ausente. Esa ausencia, es catalogada por Ricoeur, por un lado, “como la ausencia de lo irreal, lo imaginario, lo fantástico, la utopía –aquella vasta región de lo irreal- y, por otra, la ausencia algo muy especial, de lo anterior, de lo que existió antes*”.¹¹ Al respecto, dice el autor, que la fiabilidad de la memoria depende de la “*imbricación*” de estas dos clases de ausencias: la de lo irreal y la de lo anterior. Vincula a lo anterior con el imaginario toda vez que los recuerdos se presentan en forma de imágenes. Rescata la “*dimensión verista de la memoria*” relacionando a lo que ya no es con la verdad.¹²

Antecedentes

Se revisarán: Origen de las procesiones, su impacto en los entornos, la Conquista en América

El cómo y el por qué de las procesiones

Las procesiones, en su calidad de actos litúrgicos han tenido importancia capital para los habitantes de una ciudad tradicionalmente católica como lo ha sido Quito. Regentada por la institucionalidad de la iglesia, la procesión se realiza gracias a un considerable número de participaciones individuales que llegan a integrar un conglomerado de personas. Cada uno de sus actores cumple con una representación, o papel determinado y dispone de una ubicación en el escenario, de acuerdo con un orden específico: cofradías, Verónicas, centuriones, cucuruchos, bandas, fieles y devotos.

La organización de la procesión no es un acto improvisado, ni mecánico, por el contrario, es la resulta de otorgarle su debida atención e importancia a lo que Foucault llama los “*detalles*”, a las “*pe-*

¹¹ Ricoeur Paúl, “Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico”, *¿Por qué recordar?*, Op. cit., p. 25.

¹² *Ibid.*, pp. 24-28.

queñas cosas”¹³ que se alimentan con minucias reglamentadas: durante las liturgias, en el convento, en el confesionario, en la subliminal asimilación de la culpa a través de los golpes en el pecho, en el horror al pecado, en la ingesta de la hostia, en fin... en cada pieza del aquel engranaje que integra al gran sistema de control físico, espiritual y psicológico que la iglesia, día a día y desde su creación, ha ejercido sobre los “fieles”. ¿Las recompensas?: desde aquellas nimias como el sentimiento de alivio que la confesión provoca en el confeso, hasta aquellas magnas e inigualables como la ansiada gloria eterna, “cálculo místico de lo ínfimo y de lo infinito.”¹⁴

A partir de estos planteamientos teóricos, bien podría determinarse a la procesión, como un espacio disciplinario signado por la aplicación de sutiles “coerciones permanentes”, así como por el cumplimiento de normativas que permiten “vigilar, apreciar y sancionar a las conductas individuales.”¹⁵ El objetivo: lograr que se adecuen a la multitudinaria manifestación social de un conglomerado que cimenta el poder de la iglesia a través de la religiosidad entendida como sinónimo de la fe en la divinidad y el temor al tan prometido castigo.

La tradición llega a Quito

Una de nuestras costumbres con mayor arraigo social y asidero en el tiempo es la Procesión del Viernes Santo. Heredado de tiempos coloniales, este es el acto litúrgico más simbólico e influyente de la religiosidad católica quiteña. Entre las relaciones escritas más remotas sobre este ritual se sabe:

En las diferentes solemnidades, especialmente en las de Viernes Santo y de la Ascensión del Redentor, se observan indios semidesnudos que, cumpliendo la penitencia impuesta por sus confesores, se hacen atar con cuerdas a una gruesa viga los brazos extendidos, y con ese peso si-

13 Michel Foucault, *Vigilar y castigar* (nacimiento de la prisión), Silo XXI editores, México, 1975, p.144

14 *Ibíd.*

15 Como confesarse para obtener la absolución o, comulgar, para “recibir el cuerpo de Cristo”.

guen la procesión; además de estos, hay otros que llevan haces de las hojas cortantes de sigse, sujetos a modo de delantal, que al caminar hieren varias partes del cuerpo, haciendo correr ríos de sangre.¹⁶

En varias ciudades de América, en la época colonial, la procesión del Viernes Santo fue, al pie de la letra, como se describe enseguida:

A la cabeza caminaban mil almas santas, algunas de las cuales tenían bonetes tan altos que llegaban hasta las ventanas del primer piso de las casas (...) Sobre sus andas, que venían inmediatamente después, estaba un ángel a cuyos pies un horroroso esqueleto representaba a la muerte derrotada por el Salvador. Una fila de sacerdotes seguía, revestidos por sus ornamentos, llevando diversos emblemas de la Pasión. (...) Seguía un cortejo de músicos vestidos con traje violeta y enmascarados, con sus instrumentos cubiertos por crespones en señal de duelo (...) Después, venía nuestro Salvador levando su cruz y acompañado, como antes, por don Simón el Cireneo; después, el alcalde de la ciudad (...) Una multitud de negros caminaban detrás, vestidos con traje azul rey (...) dos largas filas de frailes, cada uno llevando un crucifijo en la mano, aparecían y precedían a los estudiantes de dos colegios (...) Detrás, un sarcófago conteniendo el cuerpo de Jesucristo, rodeado de una multitud de individuos vestidos con trajes de todos los colores, armados de palos, sables, espadas, lanzas y con farol en mano. En representación de los judíos que fueron al Huerto de los Olivos para prender a Nuestro Señor. (...) A los judíos les seguían los oficiales de guarnición, cirio en mano; después las tropas dispuestas por pelotones (...). Finalmente, la procesión terminaba con los religiosos de la Merced, los canónigos, el obispo, la Santa Virgen, envuelta con un vestido de terciopelo bordado en oro y plata, cuya cola portaba un ángel; una multitud de mujeres provistas de cirios, y un pelotón de gendarmería.¹⁷

Si bien muchos de los personajes de antaño desaparecieron: almas santas, farricocos, ángeles vengadores y más, en el caso de la procesión de Viernes Santo de Quito existen determinados participantes cuya impresionante presencia no solo se mantiene a través

¹⁶ Paulo de Carvalho Neto, *Antología del folklor ecuatoriano*, 2ª edición, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1994, p. 20.

¹⁷ MM.A. D'Orbigny y J.B Eyriés, *Viaje pintoresco a las dos Américas, Asia y África. Resumen general de todos los viajes y descubrimientos*, Tomo I, Barcelona, 1842, p. 86.

del tiempo, sino que se refuerza con su devenir: los penitentes y vergonzantes. Léase sobre ellos la siguiente relación:

Los penitentes con sus túnicas moradas y el puntiagudo capirote que vulgarmente se ha dado en llamar cucurucho van por lo menos descalzas, cuando no escondiendo cilicios y tormentos del cuerpo en voluntario castigo a sus culpas. Otros, sin temor humano, descubren públicamente su penitencia (...) que con una corona de espinos en la cabeza y hojas de sig-sig sujetas firmemente al cuerpo, carga también pesada cruz en la espalda desnuda o se flagela en espeluznante imitación de lo que hicieron los sayones con el crucificado, llegando a tal realismo que se hizo del nombre "procesiones de sangre" la identificación de la fecha.¹⁸

Escenas como las transcritas merecieron fuertes críticas, especialmente por parte de quienes no formaron parte de la cotidianidad quiteña, entre ellos, del tratadista italiano Cayetano Osculati quien, en 1850, las calificó como un "*bárbaro residuo de la superstición española que todavía persiste en esta ciudad*".¹⁹ Resultaría inconcebible que, habiendo rebasado un siglo y medio de este pronunciamiento dichas prácticas persistan hasta la actualidad: nada más cercano a la realidad.

Las referencias señaladas, dan cuenta de lo sucedido a mediados del siglo XIX y fue casi un siglo después, a inicios de los años 60 del siglo XX, cuando la procesión tomó un giro dramático que recicló su ritualidad, simbolismo y significación. Es en este punto cuando se torna necesario cuestionar: ¿Por qué, en los albores del siglo XXI, en plena era tecnológica, persisten estas manifestaciones propias del Oscurantismo? ¿Qué mecanismos sociales o psicológicos conducen a la gente a martirizar sus cuerpos? ¿Cuál es el fin que persiguen?

Las procesiones quiteñas, unidades de análisis

Como herencia colonial que ha persistido el paso del tiempo, las procesiones son una de las manifestaciones más importantes de

18 Alfredo Fuentes Roldán, *Quito tradiciones*, obra completa. Ediciones Abya Yala, 2013. Pág. 341.

19 Cfr. Cayetano Osculati en: Paulo de Carvalho, op. cit., p. 21.

la religiosidad, tanto de las clases populares, cuanto de las élites. No obstante estar motivadas por un eje común: la fe en la divinidad, entre ellas existen distinciones que marcan claramente la línea divisoria entre lo que a la luz de Bourdieu se categorizaría como los gustos puros y los gustos bárbaros. Para profundizar en el análisis, se realizará un análisis comparativo sobre dos eventos religiosos que giran en torno a bienes de suma importancia para el colectivo quiteño: la procesión de la Dolorosa del Colegio cuyo objeto central de veneración es el cuadro que enmarca una imagen mariana y, la procesión de Jesús del Gran Poder, cuyo bien principal de culto es la imagen escultórica de Jesús, el nazareno.

Procesión de la Dolorosa del Colegio

Antecedentes:

Se inició y se realiza como conmemoración del prodigio sucedido el 20 de abril de 1906, cuando, según el testimonio de varios alumnos del Colegio San Gabriel, la imagen enmarcada de la Virgen Dolorosa que pendía de una de las paredes del comedor de los estudiantes²⁰ parpadeó varias veces. Este hecho, conforme los registros jesuitas, sucedió en el comedor del internado del Colegio San Gabriel, institución educativa jesuita que cuenta con notorio prestigio en la ciudad de Quito. Como contexto social y político, en ese entonces el Ecuador vivía la Revolución Liberal y la consabida implementación del laicismo. En consecuencia, el prodigio fortaleció una corriente de religiosidad que, de un modo u otro, contribuyó a apuntalar al, en ese entonces, debilitado poder eclesial.

Análisis:

Regentados por los jesuitas,²¹ tradicionalmente los “gabrielinos”,²² antes más que ahora, han pertenecido a lo que, según tér-

20 De serenas facciones caucásicas: piel blanca de alabastro y ojos azules, diametralmente diferente a las reconocidas tallas de devoción masiva manufacturadas por Diego de Robles –la Virgen del Quinche y la virgen del Cisne–.

21 Considerados por muchos como la intelectual e influyente de la iglesia en el mundo.

22 Categoría que agrupa principalmente a alumnos y ex alumnos del Colegio San Gabriel y que incluye a otros actores que forman la “familia gabrielina” maestros y padres de familia.

minos de Bourdieu, podría calificarse como la “burguesía” quiteña. “Poseedores de títulos de nobleza cultural”,²³ forman parte del grupo social signado por la tradición, el círculo social, la posición económica, la preparación intelectual, referentes de un estatus de ennoblecimiento característico de las “clases jerarquizadas”.²⁴ Estas condiciones alimentan la creencia de una “imposición simbólica” ejercida sobre los “plebeyos”; es decir, la “masa”, devaluada, caótica y desorganizada a la que hace referencia Martín Barbero²⁵ y, cuya devoción religiosa encuentra su objetivo en el culto al Cristo franciscano.

Otros elementos de distinción se encuentran: en el orden, los actores, la disciplina, la ubicuidad espacial y más elementos presentes en una y otra. La procesión de la Dolorosa se inicia con una misa realizada en la capilla homónima, ubicada en la zona norte de la ciudad. En ella participan actores sociales cuyo *leitmotiv* no corresponde a la culpa (como se evidenciará en el otro ejemplo), sino a la gratitud, la representación, el reconocimiento de clase en su calidad de “bienes civilizados”. Ellos son alumnos, familiares y profesores de la “familia gabrielina” y de la plana mayor eclesial, al punto de que el Arzobispo de la ciudad preside la procesión. A este encuentro, que dentro de lo estético está normado y obedece a un orden riguroso de formación marcial; le acompañan coros entrenados y voces directrices. Los espectadores son solo curiosos, agentes externos que se integran a este cuerpo religioso de forma furtiva.

Procesión de Jesús del Gran Poder

Realidades sociales en Quito

Fue en 1961, cuando, durante su visita a Quito, tres toreros

23 Pierre Bourdieu, *La Distinción*, Grupo Santillana de Ediciones, Santa Fe, Colombia, 1998, p. 21.

24 *Ibid.*, p. 20.

25 Al respecto, Martín Barbero señala a la masa como formada en el “descenso, en la regresión hacia un estadio primitivo”, encasillada en una categorización instintiva, crédula, que agita y siembra el desorden a su paso. Sugestionable, principalmente, en sus “creencias y configuración “religiosa” influenciada por: “el mito que las cohesionan y el líder que oficia los mitos”: en este caso, el perdón de los pecados a través de la re edición de la muerte y resurrección de Cristo y, la iglesia, respectivamente. En: Martín Barbero Jesús, *De los medios a las mediaciones*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, p. 34.

españoles encontraron, de casualidad, la imagen desportillada del Cristo Nazareno (que unos atribuyen al español Montañés y otros al padre Carlos), en un desván del convento de San Francisco. La talla, vestida con hábito franciscano y con la cruz auestas, era un símil del patrono de la Fiesta Taurina de Sevilla. Entonces, a insistencias de los “diestros” y al entusiasmo de dicha orden religiosa, se inició el culto a la imagen. Meses después de haberla promocionado dentro y fuera del país, se inauguró la *Feria Taurina de Jesús del Gran Poder* que fue económicamente significativa para los sectores vinculados con su realización.

El posicionamiento de esta imagen de Cristo determinó la presencia en la procesión de tan solo tres imágenes religiosas, desde entonces, destinatarias de los ruegos, rezos, peticiones y, a no dudarlo, también de los reclamos de los creyentes quiteños: la Virgen de los Dolores, el Señor del Gran Poder y Juan, el hermano de Jesús. Quien se detenga a contemplar la procesión quiteña, se encontrará con una edición actualizada de lo señalado: fieles penitentes con la soga al cuello, cadenas en los tobillos, coronas de espinas ciñéndoles la cabeza; personajes “*semidesnudos que cumplen penitencias* –ahora, incluso autoimpuestas-, *que se hacen atar con cuerdas, los brazos extendidos, a una gruesa viga y con ese peso siguen la procesión (...)*”;²⁶ en resumen: cuerpos lacerados, sangre expuesta y rostros ocultos.

Análisis de la procesión de Jesús del Gran Poder

La conveniencia de una nueva escenificación

Previo lo expuesto en el capítulo sobre las realidades sociales en Quito, nos encontramos con uno de los casos *sui géneris* en la historia de las apropiaciones y resemantizaciones culturales pues, conocidos el avance del pensamiento y el desarrollo de la ciencia, así como la conciencia social sobre la defensa de los Derechos Humanos, causa resistencia evidenciar la vigencia de casos de automortificación que atentan en contra de la integridad humana, más aún, de la propia integridad. Esta realidad conduce al análisis cuando ya en 1777

²⁶ Paulo de Carvalho, op. cit., p. 22.

el rey Carlos III había prohibido las automortificaciones por considerarlas como actos sangrientos carentes de normas que propiciaban al caos²⁷, mientras que en la actualidad, la misma iglesia desaconseja las prácticas de autoflagelación; tal es el caso de la hermandad franciscana en Quito que, prácticamente, ha perdido la batalla frente a un conglomerado que, no obstante las recomendaciones en contrario, persiste en estas prácticas.

De vuelta al análisis de la procesión histórica heredada de la Colonia y, sobre las modificaciones adoptadas en 1961, a partir de la amplia acogida al culto a la imagen de Jesús del Gran Poder, retoman vigencia las interrogantes arriba expuestas: ¿Por qué, en los albores del siglo XXI, ... Para encontrar las respuestas es necesario dirigir las miradas hacia sus protagonistas.

Los actores, todos culpables

Los protagonistas –el cuerpo, sangre y carne de la procesión–, son gente, en su mayoría perteneciente a los sectores populares, “la clase media baja y baja”, no solo de Quito, sino de diversos y alejados lugares. Así como “los engranajes de una maquinaria” cada uno de estos “cuerpos”, en forma disciplinada, cumple con la normativa de ocupar un espacio determinado y de ejercer una función específica. De acuerdo con lo Planteado por Michel de Certeau, “*toda esta maquinaria transforma a los cuerpos individuales (cucuruchos, penitentes, Verónicas, centuriones...) en un cuerpo social*”.²⁸ la procesión en la que se afianza el poder de la iglesia como estructura.

Los cuerpos de la procesión son, como De Certeau lo señalaría: “*lienzos en blanco*”²⁹ sobre los cuales pueden escribirse los castigos que imponen la norma y el orden. Esto, claro está, no es cosa nueva para la iglesia, “*sociedad salvaje y depravada*” en tiempos de

27 Al respecto, Gerardo Di Fazio en su nota “Flagelación, penitencia, crucifixión y el uso del cilicio hasta sangrar: cuando la religión se vuelve extrema” (Infobae, 13-03-2021) expone sobre la vigencia de estas prácticas en distintas latitudes. Ver en: <https://www.infobae.com/sociedad/2021/03/13/flagelacion-penitencia-crucifixion-y-el-uso-del-cilicio-hasta-sangrar-cuando-la-religion-se-vuelve-extrema/>

28 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, A.C. México, 1996, p. 155.

29 *Ibídem*, p. 153.

la inquisición. Con la finalidad de que ese capítulo negro de la historia no se repita, el mundo siempre debe recordar la imposición del perverso orden inquisitorial, implantado a través del horror y la tortura, porque así, con fuego y hierro, el Santo Oficio escribió en el pergamino de los cuerpos, para disciplinarlos y normarlos. Las marcas de la inquisición, para aquellos quienes lograron sobrevivir, quedaron grabadas como el estigma del “mal arrancado del cuerpo”, confinando para siempre a sus dueños en la muerte en vida de la proscripción y el repudio.

Manual para purgar las culpas

No obstante, el paso de los siglos, esos “rezagos de barbarie”, aunque atenuados, permanecen en la actualidad. Ahora, no son los verdugos los que aplican el tormento, sino los mismos cuerpos los que se autoflagelan para sacar de sí hasta el más mínimo resquicio de lo que la iglesia condena, para deshacerse de aquello que no les corresponde o que está en demasía: la tentación, la lujuria, la gula, la avaricia, la pereza, la ira, la envidia y la soberbia. Por eso, “*es necesario extirparlos del cuerpo mediante la sangría, la purga*”.³⁰ En este sentido el castigo y la flagelación por mano propia buscan generar “ríos de sangre” para que en su flujo, los pecados y la culpa abandonen el cuerpo.

La penitencia, por su parte, es considerada entre otras definiciones como: “*todo acto de mortificación interior o exterior*”³¹ y también como el “*Sacramento por el cual, mediante la absolución del sacerdote, son perdonados los pecados*”.³² En el escenario de la procesión los penitentes concretan sus motivaciones a través “del pago de favores divinos”, del “cumplimiento de promesas” o, por el “mandato de voces invisibles”. Lo hacen, a través del caminar descalzo, del azotarse continuo, del cargar su cruz, del arrastre de cadenas y de aplicarse demás mortificaciones que ayuden a expiar las culpas y extirpar el pecado, de imponer la disciplina y ejercer la norma sobre los cuerpos.

³⁰ Michel de Certeau, op. cit., p. 156.

³¹ Penitencia, *Enciclopedia Universal*. Ver en: https://enciclopedia_universal.es-academic.com/132455/penitencia (13-12-2022).

³² *Ibidem*.

Cómo disciplinar con eficacia

Al respecto, De Certeau señala que para que la Ley se escriba sobre los cuerpos es necesaria la mediación de herramientas que trabajen en ellos a través de la fuerza (cuchillos, garrotes, cilicios, cruces). Estos objetos están hechos para ceñir, enderezar, cortar, abrir, encerrar (...) a los cuerpos.³³ Sujeto a los efectos de estos elementos, el cuerpo se convierte en “un ejemplo de la regla” en la innegable evidencia visual que vuelve legible a la norma a través de la acción de hierros, aceros, maderas compactas, curvos, rectos, contundentes, punzantes.

Como es natural, el efecto causado por estas herramientas, al que se suma el profundo sentimiento de “gran culpa” que acompaña a los cuerpos, se evidencia a través de gestualidades comunes, compartidas que –de acuerdo con lo planteado por Le Bretón– propician entre ellos una identidad cultural. Esta pertenencia social, efímera y oculta, se muestra a través de códigos de comprensión común: expresiones, vestimenta, sonidos, percepciones, obediencias, todas, categorías que responden a una sola norma, la impuesta por la iglesia a través de la procesión.

Sobre los usos corporales manifiestos en los actores de la procesión, se trata de entenderlos según Le Bretón señala “*Las representaciones de la persona y las del cuerpo, corolario de aquellas, están siempre insertas en las visiones del mundo de las diferentes comunidades humanas.*” Ergo, vistas las escenas humanas de la procesión quiteña, tanto en lo fisiológico, lo anatómico y lo cultural, bien podría señalarse que determinados grupos humanos partícipes de esta manifestación religiosa persisten, quizá de forma inconsciente, en comportamientos sociales de culpabilidad y miedo.

Los rostros del dolor: Sirva este planteamiento teórico para justificar la llamada “gramática de los gestos”³⁴ donde el “sentido del gesto se construye en el desarrollo de la interacción” entre los cuerpos participantes de la procesión: los rostros dolientes de todos los cuerpos, las miradas suplicantes, la vista al cielo, los labios mu-

33 Michel de Certeau, op. cit., p. 154.

34 Cfr. Birdwhistell en: David Le Breton, *La sociología ...op. cit.*, p. 49.

sitando, las lágrimas, el dolor evidenciado, las manos cruzadas y más enunciaciones del lenguaje no verbal que dan forma al leitmotiv de esta manifestación ritual: afianzar el dolor por la “muerte de Dios” y acrecentar el sentimiento de culpa que a nombre de este motivo, ha sido impuesto por la iglesia.

No obstante, la ausencia de voces de mando, el conglomerado procesional responde a reglamentos y normativas interiorizados que se reactivan durante la efímera presencia de este rito ciudadano. El escenario está marcado por normas temporales que se activan al ritmo de golpes de tambor y de diferentes cánticos rituales que marcan la pauta de los comportamientos y actuar de los cuerpos. El golpe seco del tambor es la advertencia; el breve segundo posterior, ordena la preparación y, el seguido primer acorde de la banda de pueblo, dispone el avance de los cuerpos a “paso corto” al mismo tiempo que sus cánticos son la evidencia oral de su disciplina. El golpe inicial provoca la reacción inmediata de los cuerpos que al manifestar su expectativa dicen: “Señor, heme aquí”.³⁵

De regreso a uno de los cuestionamientos iniciales, la respuesta gira en torno a un solo motivo, el miedo: a lo desconocido, al mal, a las consecuencias del “pecado”, al sentimiento de culpa, a la libertad de ser y pensar, a la purga eterna, al más allá, a la divinidad y al castigo, miedo a sentir y a vivir. Todas estas son manifestaciones del dramático sentimiento que, desde su aparición, la iglesia se ha encargado de alimentar de mil y un maneras; de ese miedo, que es, a la vez, instrumento de dominio espiritual, físico y psicológico, así como el puntal del que se sostiene.

Ese temor conduce a la búsqueda de la salvación del alma en pos de la cual se mueve el concurso colectivo y permanente de los individuos.³⁶ De la mano van el castigo y la recompensa que, finalmente, no beneficia al cuerpo, sino al espíritu con el premio de la vida eterna, el perdón de los pecados y la liberación de las culpas.

³⁵ Michel Foucault, op. cit., p. 158.

³⁶ *Ibid.*, p. 168.

Ser parte del escenario y sentir el miedo

Al contrario de lo que la ligereza de los tiempos actuales podría imponer, la procesión quiteña crece y, cada año, son más los cuerpos que participan en ella: sean los caminantes que avanzan por la calzada, o los observantes apostados en las veredas. ¿Será acaso que nuevos miedos como la “violencia, la criminalidad y la inseguridad en las calles”³⁷ a los que hace referencia Barbero en *Pre-Textos*, justifican este aumento?

A lo largo del trayecto, ruta tradicionalmente normada por la que avanzan las imágenes, la “gente del pueblo” se disputa por ocupar un lugar que le permita tener una visión preferencial. Todos esperan, mirando con impaciencia en dirección de donde deberán aparecer las puntas moradas de los cucuruchos que preceden a las imágenes.

A lo largo del espacio, se aprecia a quienes musitan oraciones con un rosario en la mano; otros, sentados en la vereda, comen con gusto alguna comida callejera; los de más allá, hablan por celular... Entre ellos, una joven pareja de vendedores ambulantes discute mientras él la amenaza con “bajarla a patadas de los buses” si la vuelve a encontrar vendiendo en ellos. Por ahí, alguien pide permiso para bajar de la vereda mientras la aludida le clava una feroz mirada de no asentimiento.

El espacio vacío de la calle, la media vía, que los espectadores han dejado libre para el paso de la procesión, es aprovechado por los coches de ventas ambulantes que ofrecen colas, choclos con queso, globos, plásticos para protegerse de la inminente lluvia, etc. Toda oportunidad para vender es buena y el medio de la calle, rodeado de la muchedumbre, es el escenario propicio para ganarse la vida, mientras los minutos lo permitan y hasta que la escolta policial motorizada abra paso a la procesión obligando a los espectadores a subirse a las veredas y a los comerciantes a buscar la primera intersección para parquear sus coches y sus canastos.

³⁷ Martín Barbero, *Pre-Textos (Conversaciones sobre las comunicaciones y sus contextos)*, Editorial Universidad del Valle, Santiago de Cali-Colombia, mayo de 1996.

Por fin los acordes inconfundibles y acompasados de las bandas de pueblo anuncian la proximidad de la procesión. Al inicio, las motocicletas policiales; luego, una camioneta con altavoz desde la que las radios Francisco Estéreo y Jesús del Gran Poder, transmiten el evento en vivo. Atrás, un hombre presa de la poliomielitis avanza sobre sus extremidades: manos y rodillas protegidas con trozos de llantas; y junto a él, dos niños –seguramente sus parientes–, quienes le llevan a la boca: el uno, trozos de pan y, el otro, tragos de agua.

Sin esperar, hace su avance la figura de un impresionante y corpulento cucurucho ataviado de negro; le siguen, los penitentes: unos con coronas hechas de plantas espinosas o alambre de púas, otros, arrastrando gruesas cadenas atadas a los tobillos, los de más allá con los hombros dolientes sobre los que fustigan pesadas cruces de madera, las espaldas de varios sintiendo a cada movimiento el clavarse incesante de las espinas de los cactus que, para esta ocasión han sido acondicionados en forma de cruces.

Todo huele a misticismo, a penitencia. El aire se envuelve de una extraña sensación con sabor a temor y arrepentimiento. Es un miedo colectivo que hoy, más que nunca, se evidencia a través de esta gente, en este sector, de esta ciudad. Un temor compartido que se manifiesta desde aquel temor individual expresado entre aquella pareja de comerciantes que estaban discutiendo, hasta aquel miedo colectivo al castigo divino por las faltas y los “pecados” cometidos”. Es la búsqueda desesperada del perdón a través de la promesa de reivindicación que, en gran parte de estos casos, dura solo lo que el “Viernes Santo”.

En la procesión del Viernes Santo participa el “pueblo”, decenas de miles de personas, en su gran mayoría de estratos humildes que, a lo largo del recorrido, se agolpan indisciplinados e irreverentes en las veredas, calzadas, postes; en todo lugar que ofrezca la posibilidad de tener una visión privilegiada de aquel espectáculo religioso. Sus integrantes (de la procesión en sí) pertenecen a las llamadas “cofradías”,³⁸ humildes agrupaciones, generalmente de arte-

38 Calificadas por el investigador etnohistórico guatemalteco Flavio Rojas Lima, como un *Reducto cultural indígena*, esa institución se asimiló de las costumbres españolas que se importaron a partir de la conquista para que sean asumidas por los indígenas.

sanos y oficios. También están los cucuruchos, bandas de pueblo, verónicas, centuriones, penitentes, todos marcados por los signos y características de la “infamia”: ilegitimidad, pobreza, sufrimiento, dolor, auto castigo aplicado por las “culpas” y “pecados”. Tanto ellos, como los espectadores, son los posesionarios de “bienes bárbaros” asumidos por las masas a través del discurso eclesial y, en consecuencia, heredados de la Colonia como propiedad exclusiva de los estratos socialmente bajos. En ella, participan únicamente los religiosos mendicantes encargados de la logística. A diferencia de la procesión jesuita, en la franciscana no se ha visto a ningún alto prelado de la iglesia.

En cuanto a lo estético, aplicado a los objetos de veneración, y de arte, a la vez, son la imagen mariana impresa, la señalada litografía, enmarcada en un elaborado soporte barroco de oro que, según se conoce, fue trabajado por expertos joyeros con las ofrendas entregadas por los fieles. Custodiado por la fuerza pública, el cuadro impone una distancia que solo le posibilita ser admirado de lejos.³⁹ Por el otro lado, está una talla de madera accesible a las masas, además de por su humildad y sufrimiento, por su cercanía espacial y por permitirles ser destinataria, además de sus ruegos, de flores y limosnas que le son arrojados, a veces con desesperación en las ansias de que, efectivamente, la topen y caigan a sus pies.

Nótese que estas dos formas de percibir el objeto revelan la “desigual distribución de la aptitud”⁴⁰ para contactarse con el objeto de veneración, la primera, correspondiente al “gusto puro y, la segunda al “gusto bárbaro”.⁴¹ La función de ambos, es la misma, exacerbar la sensibilidad religiosa que apuntala a la iglesia, sin embargo la oposición y la demarcación de límites entre uno y otro podría darse en la percepción simbólica de oposición que provocan, respectivamente, la serenidad y el sufrimiento de los rostros y, el oro y la madera en los que se contextualizan.

39 En el capítulo “Distanciamiento estético”, Bourdieu plantea la categoría de “distancia” cuando de la medida de cercanía en relación con la percepción se trata. Al respecto, a las masas les resulta más fácil acercarse a la Virgen del Quinche que a la virgen Dolorosa por los criterios expuestos.

40 Pierre Bourdieu, op. cit., p. 26.

41 Ibidem., p. 28.

La distinción se marca, también en elementos que podrían aparecer como triviales pero que, a la luz del análisis teórico, también generan brechas sociales. La ambientación sonora, por ejemplo, es uno de esos ellos: la procesión de la virgen Dolorosa cuenta con música sagrada instrumental que se transmite a través de altavoces y es coreada por los concurrentes. La del Viernes Santo, no puede prescindir de los himnos religiosos entonados por diversas bandas de pueblo que, distribuidas a lo largo de la procesión, marcan las pautas que permiten que los fieles avancen o se detengan en el camino, que canten o se silencien.

Otro ejemplo de importancia con respecto a la distinción aplicada a los cuerpos son su exposición y ocultamiento. Mientras los devotos de la Dolorosa buscan una exposición simbólica que evidencie su pertenencia a las clases sociales “elevadas”, los fieles al Cristo mendicante buscan ocultarse tras un cucurucho que encubre sus vergüenzas, sus faltas y pecados, aquellas condicionantes morales bárbaras, ilegítimas, las marcas de la infamia por las que deben auto castigarse, auto flagelarse para evitar el peligro volverse contaminantes. Por su parte, el sector social partícipe de la procesión de la Dolorosa responde a otro modo de vida, pensar, ser y actuar, a una realidad distante a la manera “tan bárbara y oscurantista” que se presenta en la procesión franciscana.⁴²

Conclusión

Si bien es cierto que desde los años 80⁴³ la institución eclesial ha ido modificando sus posturas en concordancia con las dinámicas del tiempo actual, con el ejemplo de la Procesión de Semana Santa en Quito, se evidencia que cuatro décadas son, a todas luces, insuficientes para erradicar milenios de dogmas cuyas enunciaciones persisten y se fortalecen, al margen de la postulación contraria que la misma iglesia formula al respecto.

⁴² De acuerdo con la calificación otorgada a la auto flagelación por el tratadista italiano Cayetano Osculati, a mediados del siglo XVII, durante el recorrido que hiciera por la Audiencia de Quito.

⁴³ A partir del papado de Juan Pablo II (Karol Wojtila, polaco).

Parte de esos discursos institucionales patentados para garantizar, en inicio la evangelización y, luego, la propagación de la fe marcaron notorias distinciones sociales, propagadas, especialmente, desde la doctrina, liturgias, prácticas, creencias y usos sociales afianzando así, de mil maneras, la brecha simbólica y real existente entre “los de arriba” y “los de abajo”.

Amén del arraigo espiritual del que se alimentan ambas manifestaciones, tras ellas existen intereses políticos y económicos que las sostienen y que se sostienen de ellas a través del afianzamiento del dogma religioso.

Conforme lo analizado a la luz de la teoría social, la historia marcada en Quito por las procesiones religiosas objeto de estudio se contextualiza en dos escenarios socialmente distanciados, situación que se evidencia en el análisis realizado a una y otra, (Cuadro comparativo).

Si bien es cierto que el conocimiento científico de la historia, entendido como Epistemología, rige el estudio de esos hechos anclándolos a asideros verificables, los ejemplos analizados a través de esta investigación develan la existencia de otros factores que, sin haber sido registrados en los anales históricos: permanecen latentes y son determinantes del carácter de estas manifestaciones sociales, es decir, son reales. Es imprescindible, por tanto, que estas otras miradas sean integradas a un macro proceso de análisis desde la Historia, como disciplina de investigación, esto con la finalidad de evitar sesgos o incomprensiones que, al oscurecer la realidad, responden a los intereses de los vencedores cuya hegemonía se afianza a través de los discursos. Tusídides lo supo y, no obstante las enseñanzas de Heródoto, supo conducir a la historia por esos no tan humanitarios caminos.

Bibliografía

- ANDRADE MARÍN, Luciano, *La lagartija que abrió la calle Mejía*, Grupo Cinco Editores, FONSA, Quito, 2003.
- BARRIGA LÓPEZ, Franklin, *Episodios folklóricos y otras crónicas*, Colección básica de autores ecuatorianos, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito-Ecuador, 1982 .
- BOURDIEU, Pierre, *La Distinción*, Grupo Santillana de Ediciones, Santa Fe, Colombia, 1998.
- CARVALHO NETO, Paulo de, *Antología del folklor ecuatoriano*, 2da. Edición, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1994.
- CERTEAU, Michel de, *La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, A.C. México, 1996.
- Cofradía. Ver en: <http://www.google.com/search?tbm=bks&tbo=p&hl=es&q=cofrad%C3%ADa>
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar* (nacimiento de la prisión), Silo XXI editores, México, 1975.
- FUENTES ROLDÁN, Alfredo, *Quito tradiciones*, (obra completa). Ediciones Abya Yala, Quito, 2013.
- IBARRA, Hernán, *La Otra Cultura (Imaginario, mestizaje y modernización)*, Coedición ABYA-YALA y MARKA, Quito-Ecuador, 1998.
- LE BRETÓN, David, *La Sociología del cuerpo*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1992
- MARTÍN BARBERO, Jesús, *De los medios a las mediaciones*, Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1991
- , *Pre-Textos (Conversaciones sobre las comunicaciones y sus contextos)*, Editorial Universidad del Valle, Santiago de Cali-Colombia, Mayo de 1996.
- MC DOWELL, Linda, *Género, identidad y lugar (Un estudio de las geografías feministas)*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2000.

Anexo

Códigos ocultos en las procesiones quiteñas Cuadro comparativo

DIFERENCIADOR	PROCESIÓN JESÚS DEL GRAN PODER (INFAMIA)	PROCESIÓN DE LA DOLOROSA DEL COLEGIO (DISTINCIÓN)
ORDEN RELIGIOSA	Franciscanos	Jesuitas
PROTAGONISTAS	<p>Jesús, el Nazareno Cristo descalzo con la cruz a cuestas, abatido, derrotado, triste, cansado, lacerado, doliente...No fija la mirada</p> <p>Virgen de los Dolores Sufrida, llorosa, abatida, impotente, distante...</p>	<p>Virgen Dolorosa (no de los Dolores) Características arias: tez blanca, rasgos finos, ojos azules...Mirada dulce, rostro sereno, impecable... Mira de frente</p>
DEVOTOS/actitud	<p>Pueblo, mayoritariamente clase media baja y baja. Fervoroso y angustiado, apremiado, culpable, endeudado, temeroso...Toda edad: niños, jóvenes, adultos, ancianos... Cucuruuchos, verónicas, cofrades, bandas de pueblo, Policía Nacional, mendigos...</p>	<p>Mayoritariamente clase media alta y alta. Fervorosos y agradecidos. Juventud, promesa y esperanza. Escoltas, estudiantes de colegios jesuitas, consagrados a la imagen. Profesores, familiares...</p>
CUERPOS	<p>Cubiertos penitentes encerrados en la prisión de lo inadmisibile, la vergüenza, lo censurado (cucuruuchos)Cuerpos lacerados, sangrantes, descalzos, castigados...</p>	<p>Cubiertos, identificados, animados, distinguidos...</p>
CÁNONES	Normados	Normados
RUTA	Extremado esfuerzo físico	Esfuerzo físico mínimo



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

Forma sugerida de citar este artículo: Artieda Velástegui, Rina, "Las procesiones quiteñas y sus códigos ocultos", *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. C, N°. 208-B, julio - diciembre 2022, Academia Nacional de Historia, Quito, 2023, pp.196-216